

D. Álvaro Bermejo, portavoz del jurado de los Premios Literarios Ciudad de San Sebastián 2007 en la modalidad de Cuento en castellano:

Antes que ninguna otra cosa, han de saber que los premios literarios Ciudad de San Sebastián son una fiesta. Una fiesta de la literatura, por supuesto, donde año tras año se dan cita en nuestra ciudad cerca de un millar de desconocidos venidos de los lugares más dispares del mundo para contarnos las historias que les han apasionado, y obsesionado, hasta que acabaron por atraparlas definitivamente entre las páginas de un relato.

Así, y según en qué ediciones, la cripta posmoderna donde nos reunimos los jurados del certamen se ve tomada por una gavilla de personajes desmesurados que nos cuentan sus aventuras y peripecias a cada cual más extraordinaria, aunque sucedan acaso en una cripta como la nuestra o en una discreta habitación de hotel. También puede suceder que los que se impongan ese año sean esos melancólicos depresivos que de pronto cogen una silla y se sientan a tu lado y te cuentan por qué la mataron, o quién los mató a ellos, tejiendo a su manera crónicas de una extraña y cautivadora belleza. Nunca faltan a su cita los viajeros de cualquier tiempo, que vienen simultánea y alternativamente del pasado o del futuro, quizá de más allá de la muerte. Con toda la fuerza de la evocación de lo vivido, o de lo soñado, estos reconstruyen un tiempo y una memoria que puede ser bien real, o absolutamente mítica, o desbordantemente fantasiosa. En cualquier caso, hablen de ayer o de mañana, lo verdaderamente mágico es la manera en que nos llevan con ellos hasta el corazón de su mundo para perdernos en él, algo que aceptamos siempre oponiendo alguna resistencia, hasta que, si la historia lo merece, acabamos aplaudiendo nuestra rendición, mientras encapuchamos las plumas y empezamos a preguntarnos quién será el autor que se ha llevado el premio de este año.

“El Desvío”, la historia ganadora en la edición de 2007, tiene algo de todas las posibilidades recién enumeradas. A su manera, cuenta un viaje aparentemente anodino, pero categóricamente extraordinario. Su protagonista, Roberto Luque, podría pertenecer sin esfuerzo a la familia de los aventureros desencantados, pero también a la de los visionarios. Y en fin, la historia que cuenta participa plenamente de un sabio dominio de la ambigüedad, que subraya con una deliberada contención de la voz narrativa y de su estilo. Más que darse a conocer, se diría que tanto su autor como su protagonista están empeñados en borrar todas sus huellas.

El narrador comienza su relato situándonos en una noche bastante inhóspita e invitándonos a sentarnos en el asiento del copiloto de una furgoneta de reparto cargada de calderas, justo donde su protagonista extiende un mapa para guiarse en la madrugada por “el errante Valle de Amata”.

Su objetivo es llegar a una población llamada La Serena, pero a lo largo de estas veinte páginas de viaje –vayan preparándose– no vamos a conocer ni un atisbo de serenidad.

Perros errabundos vagando por los yuyales, puebluchos de mala muerte donde los vivos desertaron hace mucho tiempo, neblinas que se alzan de los pantanos perfilando sombras equívocas, y una vieja radio que no alcanza a captar ninguna emisora. Este es el paisaje de desolación y de silencios cuajados que atraviesa Luque siempre con un cigarro colgando del labio, a medida que la noche de autos se va cerrando más y más sobre él.

“Se decía que el valle estaba maldito desde los tiempos de la dictadura, cuando el capitán Ustari metió en las antiguas cuevas de la sierra los cuerpos de medio centenar de obreros (...) Al día siguiente, para no pecar de injusto, fusiló a veinte anarquistas, a quince maestros judíos y a un par de maestros rurales”. Junto con el paisaje pelado, la memoria trágica del lugar se va haciendo así presente y protagonista de un espacio nocturno y opresivo, que a cada vuelta del camino se dibuja con mayor precisión, si bien no parece tener una ubicación real en geografía alguna.

Puede que el autor esté hablando de España o de Argentina, tanto de Chile como de México, o incluso del País Vasco -¿quién sabe? En todo caso, si hubiera que aventurar unas coordenadas, éstas se trazarían cerca de aquellas geografías entre hiperreales e imaginarias que dieron vida a la Comala de Pedro Páramo, al Astillero de Onetti, al Abaddón de Ernesto Sábato, acaso al último viaje de nuestro Luis Martín Santos. De nada sirve hacer cábalas: entre líneas, el autor revoca todas las evidencias a medida que se afianza la sospecha de que el país de su relato es todos y ninguno. Un país nocturno, brumoso e impreciso, una tierra de nadie jalonada por una sucesión de tumbas sin nombre, como pudiera serlo algún día el nuestro.

Tomado por la desolación y perdido en ese valle que parece no acabar nunca, Luque maldice su suerte “y aprieta el volante como si fuera el culpable de todas sus desgracias”. En ese momento, como surgido del vientre de la noche misma, su furgoneta se ve rebasada por “un Citroën oscuro, azul o verde”, a una velocidad francamente temeraria. Tanto que Luque apenas llega a detallar el perfil de una mujer dormida en el asiento del acompañante.

Poco más adelante, en el cruce de San Cristóbal -San Cristóbal de ninguna parte, bien podríamos decir-, embarca a un autostopista que caminaba a la vera del camino. Apenas se acompañan unos kilómetros, hasta un surtidor cercano. Apenas cruzan unas palabras en ese tiempo. La radio y la desconfianza mutua hablan por ellos. Ese silencio, ese laconismo, es como un virus. Y para entonces, los que les seguimos en el asiento de atrás del relato ya estamos irremisiblemente contaminados.

Presentimos que algo va a pasar, pero no sabemos qué.

Es lo mismo que le sucede a Luque cuando vuelve a quedarse solo en medio de la desolación. Lo puede leer en la niebla que viene de la costa y que comienza a cubrir los contornos del camino, en los destellos que cruzan delante de sus faros, hasta en las bruscas oscilaciones de la radio que parece urgida por contar una noticia tremenda que acaba de producirse no lejos de allá y aún nadie conoce.

Es así, en medio de la niebla y cerca de un puente, cómo aparece una mujer avanzando como un fantasma con los brazos caídos y la cara ensangrentada. “Observarla con los focos de la furgoneta fue casi un destino”. Sin duda alguna, lo será para todos cuantos bajen la ventanilla de este relato para escuchar esa súplica angustiada que parece llegar desde el otro lado de la muerte: “Ayúdeme, mi hija ha quedado atrapada dentro del coche”.

Apenas hemos llegado a la página doce del relato, y el instinto me dice que ya no debo revelar ni una palabra más acerca de esta historia. Una palabra más contando lo que hizo o dejó de hacer Luque, lo que pensó mientras avanzaba hacia el puente, o lo que vio allá abajo, entre los juncos del pantano, malograría su inquietante desenlace.

Decía el sabio Cortázar que, en el ring donde contienden la literatura y los lectores, una buena novela gana por puntos mientras que un buen relato debe hacerlo por k.o.

Sobre una estrategia semejante a esta parece haber sido trazada la ruta de "El Desvío", y de una manera bien sagaz. La historia comienza en un relajado, más bien desencantado, tono neutro. Página sobre página, subrepticamente, va ganándonos por puntos. Pero cuando llevamos ya unos cuantos kilómetros sumergidos en una cierta monotonía y parece que la tensión narrativa languidece, el autor incorpora un elemento de tensión in crescendo que culmina, no tanto con una victoria por knock out, sino con algo bastante más drástico: con la desaparición de la lona que nos sostiene para dejarnos caer en un desasosegante territorio de incertidumbre que es, desde los orígenes de la literatura, la esencia misma del arte de contar.

Iniciación -por tanto- en el desasosiego, viaje al fin de la noche o apertura a otras dimensiones de la realidad y de la vida que nos hacen soñar con mundos paralelos. De todo eso trata esta aventura singular que, como su mismo título, nos propone un "desvío" irreversible en nuestra percepción de lo cotidiano.

"La verdad está ahí fuera" decían los detectives paranormales de "Expediente X". "La vida está en otra parte", repite una y otra vez el poeta kafkiano de Kundera. Sin duda alguna, el heroico repartidor de calderas que conduce este relato hubiera incorporado a los dos al portante de su desolada furgoneta en éste que, a buen seguro, fue el peor viaje de su vida. Ahora bien, con la misma seguridad nos atrevemos a afirmar que fue, asimismo, el más fascinante. Atrévase a leerlo en una noche de luna como ésta. No les defraudará.